

Conferencia pronunciada por Pedro González-Sosa en Haría el 23 de marzo de 2016

Sería una descortesía por mi parte iniciar esta breve charla sin dejar constancia del agradecimiento al Ayuntamiento de Haría por la atención de elegirnos para divagar, aunque sea brevemente, sobre el imaginero José Luján Pérez al que he dedicado gran parte de mi vocación historiadora a investigar desde 1956, en aquel momento un mozalbete, la vida y la obra de este ilustre paisano guíense.. Invitación que surge al conmemorar este pueblo este año el 50 aniversario de la inauguración de su nuevo templo después de que un fuerte temporal en 1956 devastara el antiguo que databa de principios del siglo XVII.

Tampoco ha de pasar desapercibido el hecho de que nuestra intervención sea escasas semanas después de haberse cumplido el segundo centenario de la muerte del escultor, a propósito del cual el Cabildo de Gran Canaria preparo una magna exposición de imágenes de nuestras islas montada en el antiguo hospital de San Martín, aniversario que culminó el 15 de diciembre pasado, con otros actos referidos a la efemérides conmemorativa, en la ciudad natal del artista.

Y mucho menos deja de ser curioso que esta intervención tenga lugar un Miércoles Santo, conocido como sabemos que Luján fue el autor de muchos Cristos y Dolorosas esculpidas para ser admiradas principalmente en las procesiones de la Semana Mayor de nuestras islas. De las cerca de dos centenares de imágenes que esculpió el artista, unas cincuenta corresponden principalmente a Cristos, Dolorosas y otras representaciones iconográficas litúrgicas relativas a la Semana de Pasión, como Cristos a la Columna, en el Huerto, Predicador, de la Humildad y Paciencia, San Juan Evangelista, Verónicas y otras muchas que haría interminable la relación y que forman parte de la Semana Santa canaria.

José Luján Pérez nació, según la tradición oral recogida por primera vez por Santiago Tejera en su biografía escrita en 1914, en el guíense pago de Las Tres Palmas, el día 9 de mayo de 1756, como hijo de José Luján Bolaños y Ana Pérez Sánchez. Fue confirmado a la edad de 10 años por el obispo Francisco Delgado y Venegas el 16 de noviembre de 1766, figurando en el Libro correspondiente, junto a su hermano Carlos. Como padrino actuó Alonso Luján, ignorando el grado de parentesco teniendo en cuenta el apellido.

Fue hijo de un matrimonio de labradores regularmente acomodado y el segundo de cinco hermanos: José Domingo, nacido, como todos, en Guía, y que murió a los dos años; José Miguel, nuestro escultor; Carlos Fernando,; María José y Juan José, que falleció a los diez años.

Es curioso advertir cómo en algunos de los hijos de este matrimonio destacara alguna faceta nada vulgar; singularidad que tuvo su expresión cimera y luminosa en el talento artístico de Luján Pérez y su revés negativo en el pobre Juan José que era, según un documento coetáneo, *fátuo e inhábil*; es decir, lisiado de cuerpo y de espíritu. Respecto al otro hermano del imaginero, Carlos, hasta nosotros han llegado noticias que hablan de su acusada hurañía que contrastaba con su habilidad para la labra de la madera que aplicó de modo especial a la decoración de yugos y otros instrumentos de labranza.

A la hora de hablar de la familia de Lujan Pérez sería injusto que silenciáramos el nombre del presbítero Fernando Sánchez Navarro, tío de la madre del artista y que se constituyó de por vida —y aún después de muerto— en el ángel tutelar de los hijos de su sobrina. Su protección comienza desde que aquéllos nacen, pues de todos es padrino de pila y su celo cariñoso le lleva, en el momento de otorgar testamento, a condicionar el disfrute de sus bienes al cuidado y manutención de Juan José, el sobrino malaventurado. Dadas estas premisas, acaso no sea fantástico aventurar que el juvenil Luján Pérez encontró decisivos alientos en el corazón y en la bolsa del tío de su madre y bienhechor.

Lujan Pérez nació, pues, en el seno de una regularmente bien situada familia de labradores. Su nacimiento en *Las Tres Palmas* es, para nosotros, hipotético si aceptamos como válida la afirmación que hizo al respecto Santiago Tejera en su libro de 1914 que vino al mundo en este paraje. Porque cuando en 1756 nace el artista sus padres vivían con su suegra en el lugar conocido como *Palma de Quintana* y porque el traslado de la familia al casco de Guía, a la calle entonces conocida como de Enmedio y hoy rotulada como Pérez Galdós, se produce cinco años después del natalicio del escultor, y es fácil adivinar que probablemente fue compañero de clase del canónigo y presidente de las Cortes de Cádiz Pedro José Gordillo y el poeta Rafael Bento Travieso, en aquella escuela organizada por los franciscanos en el antiguo Hospicio guiense. En aquella casa de la calle Enmedio no solo falleció el imaginero el 15 de diciembre de 1815, sino su madre y sus tres hermanos. En esta casa pasaba el escultor largas estadias en sus visitas a Guía, etapas en las que esculpió varias imágenes para su parroquia; le Virgen de las Mercedes; el segundo cuerpo del retablo del altar mayor y un hermoso Crucificado; otro

Crucificado de su primera etapa venerado en la Capilla del Sagrario con una Dolorosa, un Cristo a la Columna; un Predicador y un Señor en el Huerto, además del San Sebastián para su ermita, hoy venerado en la iglesia parroquial.

A partir de los datos de su nacimiento y confirmación, la noticia que conocemos relativa a la primera época de la vida de Luján, es de carácter legendario; es una anécdota muy divulgada que don Juan Batista Palenzuela tomó de labios de un primo del escultor. El relato más bien historiado habla de que a los nueve años fue llevado la ermita de Fontanales y que mientras su madre hablaba con el sacerdote en la sacristía, el niño quedó extasiado ante la imagen de San Bartolomé, y al salir el fraile y pararse junto al niño dijo éste que le gustaba mucho el santo, agregando que él "haría uno como éste, pero si tuviera mi cuchillo". Le regaló el cura, una navaja y Luján quedó comprometido a hacerle un San Bartolomé, prometiéndole el sacerdote un regalo. Se vino a su casa y cogió un trozo de madera y a los quince días volvió con su preciosa copia del santo, pero tan exacta, con tanto parecido en los mínimos detalles, que el fraile exclamó: "esto no es cosa humana. Aquí está la mano de Dios". Y al momento cogió al niño y se fue con él al Cabildo de Las Palmas y le expuso lo ocurrido y el mismo Cabildo se ocupó de la educación del pequeño.

Huelga decir que el relato debe más a la leyenda que a la historia. Porque quien influyó cerca de la familia de Luján para que éste fuera llevado de Guía a Las Palmas a iniciarse en los estudios artísticos, fue, a lo que parece, don Blas Sánchez-Ochando, teniente del Regimiento de Guía de las Milicias Provinciales, que casó con dama guíense muy principal. Don Blas había nacido en Murcia, y este dato hace suponer que fuera el ejemplo de su paisano Salzillo el que le movió a preocuparse porque no se desperdiciaran las aptitudes que apuntaban en el muchacho nacido en Guía. Uno se pregunta: sin la presencia de este preocupado murciano en el Guía de 1700 y pico, aislado, en un ambiente sin tradición artística, ¿se hubiera acertado a encauzar adecuadamente las aptitudes de Luján Pérez?. Acerca de quién pudo aleccionar a Luján desde su llegada a Las Palmas, se citan varios nombres, destacando sobremanera el maestro Jerónimo San Guillermo. Tampoco debe olvidarse las enseñanzas de dibujo que recibió de don Cristóbal Afonso, Diego Nicolás Eduardo, ni las que obtuvo en la entonces recién creada Escuela de Dibujo, fundada en 1782 por el Deán Jerónimo de Roo, o en aquella otra Escuela gratuita de Dibujo de Las Palmas, patrocinada por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, donde aprendería los primeros y rudimentarios conocimientos arquitectónicos.

La vida de Lujan está envuelta en varios misterios: la desaparición del Archivo Histórico Provincial de Las Palmas del tomo completo del legajo donde debía encontrarse su testamento; la ignorancia llegada hasta nuestros días del lugar de su enterramiento en el primer cementerio de Guía sobre el que hemos escrito y divagado pormenorizadamente en otros trabajos de índole histórica lujaniana y, finalmente, el más importante: desvelarse si salió de las islas para perfeccionar su arte, cuestión en la que desde hace ya muchos años mantenemos la tesis de que no hay constancia documental de su salida de las islas, cuestión con la que coincidió en su día el profesor Jesús Hernández Perera.

La duda la propició el lanzaroteño Álvarez Rixo quien en sus memorias incluyo que "Luján fue uno de los artistas que becados por Carlos III para perfeccionar su arte en academias de la Península", en cuya nota incluyo igualmente a Fernando Estévez. Ya en 1956, y a propósito de la nota de Álvarez Rixo, intentamos indagar en archivos peninsulares algún rastro de esos jóvenes canarios presuntamente pensionados por el Rey, pero todo fue en vano. En contraste con lo que dice Álvarez Rixo, en el año 1850, con ocasión de colocarse en el Gabinete Literario un retrato de Luján, su yerno, Bartolomé Martínez de Escobar, primer biógrafo del escultor, ignora este viaje y, sin embargo, es terminante al escribir que "sólo un viaje realizó Luján Pérez fuera de las islas, de Canarias a Cuba», para conocer cierta curiosa maquinaria destinada a moler caña de azúcar". No es posible imaginar que, de haber ido a la Península, Francisca, su hija, que fue quien, seguramente, proporcionó a don Bartolomé muchos de los datos que aprovechó para su ensayo biográfico, lo desconociese, cuando sabemos del gran cariño que el artista sintió por su hija y para la que es presumible no tendría secretos relativos a su carrera. El propio Marqués de Lozoya, en su Historia *del* Arte Hispánico, dice que en "íntima coincidencia, difícilmente explicable por razones históricas, surge en el aislamiento oceánico el genio singular de José Luján Pérez", conviniendo en el hecho de que su producción es notable, incluso mucho antes de las fechas del pretendido viaje. Investigadores tinerfeños aseguran que tampoco hay constancia del pretendido viaje realizado por Fernando Estévez.. Y a propósito de los viajes, tres fueron los que realizó Luján Pérez a Tenerife, aunque es presumible que fueran más, a juzgar por la copiosa producción escultórica suya que existe en aquella isla, y queremos destacar el realizado en 1797, cuando acude a Santa Cruz para estar al lado de su amigo y maestro, Diego Nicolás Eduardo y acompañarle hasta sus últimos días, --murió en 1798- pues

fue muy grande la amistad y simpatía recíproca. En esta ocasión permaneció un año en Tenerife.

La vida de Lujan transcurre desde su llegada a Las Palmas en su casa-taller de la calle de Santa Bárbara y algunas escapadas a su pueblo natal. Fue un genio creador que tampoco se privo de tener sus amoríos. No contrajo matrimonio pero tuvo dos hijos con dos mujeres distintas: Francisca Lujan Barrera nacida en 1805 y José Manuel Luján Calderín venido al mundo en 1813, éste también falleció soltero, dedicado ya mayor y después de obtener su título de marino en Tenerife se enroló en varios de los muchos barcos que hacían la ruta entre Canarias y Cuba. Francisca casó con el abogado Bartolomé Martínez de Escobar de cuyo matrimonio nacieron Emiliano, sacerdote, Teófilo, igualmente sacerdote, Amaranto, abogado y poeta, Adela, casada con José Naranjo y Felisa, monja hermana de la caridad que falleció en Cartagena. Los tres primeros fueron conocidos como "los Martínez de Escobar" y así se rotula en Las Palmas una calle en el sector del parque Santa Catalina. Por cierto que Emiliano, ordenado en 1857, fue párroco de Haría entre 1860 y 1863 en que fue trasladado a la parroquia de Tafira, y se conoce que desempeñó el mismo cargo en la de San Agustín de Las Palmas. Se dice que fue canónigo honorario y director de los periódicos Omnibus y El País de Las Palmas.

El escultor deja transcurrir su vida trabajando con sus alumnos, entre los que destacan Estévez y "El Morenito", en su taller hasta que a finales de 1814 se encuentra enfermo, al parecer de trastornos pulmonares que le dificultaban una respiración correcta.

Acaso no fuera una casualidad que José Luján Pérez muriera en su tierra natal, Guía de Gran Canaria. Allí nació y pasó su etapa de niño y primera juventud; allí hizo largas estadias; allí trabajó e incluso amó según una versión oral. Y en Guía, finalmente, tuvo acabamiento la trayectoria vital del artista. Porque en Luján se repite lo que en tantos hombres egregios que, en estremecedora solicitud, unas veces ciegamente y otras con plena conciencia, buscan el arrimo de la tierra natal cuando sienten -o presienten- que está cercano el término de sus días. Como si les diera miedo morir extrañados y, en una especie de renunciación anticipada, lo abandonan todo, para que la noche definitiva los alcance varados ya bajo los cielos que cobijaron su nacimiento, su niñez y, en algunos casos, su juventud y senectud. Con Luján, pues, sucedió lo mismo que con otros ilustres hombres del tiempo pasado y del presente.

Por la enfermedad que padecía, resquebrajada su salud, dicta su testamento el 16 de agosto de 1814. Unos días más tarde, al sentirse gravemente enfermo en la Ciudad, y después de una ligera mejoría, marcha, en compañía de su pequeña hija Francisca a una finca de La Atalaya de Santa Brígida. En el verano del año siguiente vuelve a la finca donde también de su puño y letra escribe el 28 de agosto de 1815 un codicilo formado por dos folios complementarios de su anterior carta testamentaria.

Volvamos a los últimos días de la existencia del escultor. En el verano de 1815 mejora de su dolencia y marcha a Guía, a donde le acompañan su hija y un primo, residiendo en la casa de la familia. Convalece en Guía, pero sus achaques son cada vez más frecuentes. Sus fuerzas flaquean y su vida va apagándose lentamente. Rodeado de familiares y amigos el escultor entrega su alma a Dios aquel 15 de diciembre de 1815 y su cuerpo es amortajado con el hábito de San Francisco, según su última voluntad. El funeral, expresa también en su testamento, no excederá de un día y en él se le cantará vigilia, "*sin asistencia de música*", con misa y vestuarios y concurrencia de las tres Comunidades, -de la Parroquia y los Conventos franciscanos de Guía y de Gáldar- sin encomendación, y con acompañamiento de 24 pobres. Y dice que se dirán por su alma cien misas que todo pagarán sus albaceas, que fueron don Lorenzo Montesdeoca, presbítero y el párroco de El Sagrario de Las Palmas, don Juan de Frías.

El entierro se celebró al día siguiente, 16 de diciembre, según consta en la partida de defunción, que se limita a expresar "fue sepultado" sin especificar el lugar. No deja de extrañar la demasiada escueta nota del párroco cuando hace constar en el libro de Defunciones el óbito del imaginero, si tenemos en cuenta que en aquel momento era un personaje harto conocido por su arte que llenó la casi totalidad de las iglesias con sus bellas imágenes, y no añadiera, como era costumbre en la época, el lugar donde había sido enterrado; unas veces "en la iglesia" y luego "en el cementerio de esta villa", como consta en el resto de las partidas.

Entre los papeles que se guardan en la casa de los herederos de su biznieto, don Teófilo Naranjo y Martínez de Escobar, existe un recibo que dice: "*Deudas de don José Pérez, pagadas por su hermano*", que relaciona: "*entierro, costo 36 pesos plata 6 cuartos; misas, 36 pesos; llevar cama y cofre, dos pesos; caja, hábito, sepulturero propio de la Ciudad, 16 pesos y un real y cinco cuartos; cinco pesos plata y cinco cuartos para pobres*".:

A manera de desagravio, y desaparecido el cementerio donde fue sepultado el imaginero que nos impide conocer definitivamente el hallazgo de su huesa, digamos, parafraseando la

inscripción que Tucídides compuso para el cenotafio de Eurípides en Atenas, que "*la tumba de Luján es Guía entera...*"

Para acabar y no cansarles, permítanme una breve referencia a la presencia de Luján en Lanzarote. Desconocemos personalmente constancia documental o bibliográfica de la presencia física de Luján en esta isla y lo conocido ha llegado hasta nosotros merced a la tradición oral de generación a generación como suele ocurrir. Acaso lo que se atribuye fueron obras realizadas en Gran Canaria por encargo de personajes de la época que conocieran la actividad artística del imaginero allí y las trasladara a esta isla. A esta circunstancia atribuyen algunos historiadores la llegada de la Encarnación a la iglesia de Haría.

En 1914 su biógrafo Santiago Tejera incluyó en su obra como lujanianas la Santa Fe del pulpito de Arrecife; la ahora desaparecida Virgen de las Mercedes en Teguiise; la Encarnación de Haría; el Señor de la Buena Muerte y un San José en Tinajo y el San Andrés de Tao. No conocemos, repito, aportación documental de los encargos o llegada de estas imágenes, pero si algunos datos que han llegado hasta hoy porque la tradición oral se encargó de ir transmitiéndolo al correr de los años. Y conviene aclarar que cuando se le atribuyen a Luján obras de pulpitos y sagrarios parece necesario advertir lo que realmente pudo hacer fue el trazado artístico de dichas piezas para que otros profesionales de carpintería y orfebrería ejecutaran las obras.

Por ejemplo, cuando en 1814 se coloca el pulpito en la recién terminada iglesia de San Gines de Arrecife el tornavoz aparece rematado de una pequeña figura de la Santa Fe, probablemente realizada por el artista por encargo de no sabemos quién. También reiteran muchos investigadores lanzaroteños la autoría lujaniana del pulpito y el sagrario de la iglesia de San Bartolomé de esta isla; autoría que, repetimos, debe referirse al trazado sobre el papel de dichas obras para su posterior realización. Respecto al sagrario al parecer se tiene constancia de la paternidad lujaniana y de que fue colocado en aquella iglesia en 1797 por encargo del coronel y gobernador de armas de esta isla Francisco Guerra Clavijo, que aparece como el principal promotor de la construcción de aquel nuevo templo. Uno de sus hijos, Juan Guerra Perdomo, hizo la carrera eclesiástica y destinado en Teguiise aparece con una decidida participación ante el Obispado para la petición de la creación de la iglesia como nueva parroquia. José Ferrer Perdomo nos regala la noticia de que en un viaje del cura Juan Guerra a Las Palmas en 1810

encargó a Luján el pulpito para la recién construida iglesia de San Bartolomé donde permaneció hasta hace unos años que fue desmontado.

Finalmente dediquemos unas líneas a la imagen de la Encarnación que preside la iglesia de Haría. Dos tallas de esta advocación hizo el imaginero para sustituir otras anteriores conocidas como de candelero, es decir de vestir: la de la iglesia de Gáldar y la de Haría, tallas de extraordinaria belleza, en actitud contemplativa con pliegues del tejido que le otorgan una mayor expresividad y una policromía que contribuye a suavizar la expresión del rostro, según uno de los juicios críticos conocidos. La talla de la Encarnación de Haría, (que reproduce el mismo esquema que la de Gáldar, sobre la que si hay constancia documental de la paternidad lujaniana fechada en 1799), sustituyó, por mandato del obispo Tavira una homónima de vestir que se entronizaba y veneraba en esta iglesia desde el siglo XVI en que se construyó la primera parroquia. La recomendación del prelado se produce en su visita pastoral de 1792, recomendación que ya había sugerido en otras iglesias de la Diócesis, (concretamente en Gáldar), recomendando sustituir las imágenes de candelero por otras de escultura, por la estrecha relación que mantenía el prelado con el artista. Los investigadores que han trabajado sobre esta imagen no dudan de la paternidad en la atribución lujaniana sobre la que nadie ha renegado, antes al contrario, Así que deben sentirse orgullosos de contar en este pueblo con una de las mejoras y más hermosas imágenes salidas del genio creador que fue mi paisano al que hoy, aquí, han querido homenajear cuando se cumplen 200 años de su muerte eligiéndonos, una vez mas y en esta ocasión, como propagador de su indudable talento artístico.

Muchas gracias



